

 **Facultad de
Psicología**

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA DEL URUGUAY

FACULTAD DE PSICOLOGIA

**“El dolor del duelo desde el Psicoanálisis. Matar al
muerto”**

Trabajo final de grado por:

Lucía Gabriela Pérez Scelza

C.I: 4.289.240-3

Tutora: **Flora Singer**

4 de Mayo del 2015

Montevideo, Uruguay

LOS HERALDOS NEGROS (1918)

Hay golpes en la vida, tan fuertes...Yo no sé.

Golpes como el odio de Dios; como si ante ellos,
La resaca de todo lo sufrido
Se empezara en el alma...Yo no sé.

Son pocos; pero son...Abren zanjas oscuras
En el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino balsfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre...Pobre...pobre! Vuelve los ojos, como
Cuando por sobre el hombre nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como un charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes...Yo no sé!

**Cé
sar Vallejo (Perú, 1892- Paris, 1938)**

INDICE

Resumen.....	4
Introducción.....	5
Capítulo 1.....	6
1.1 Modelo del duelo en S. Freud.....	7
1.2 Modelo del duelo en J. Allouch.....	8
Capítulo 2.....	10
2.1 Duelo y Dolor de amar.....	10
2.2 Fantasma del otro.....	15

2.3	Lo inevitable del dolor.....	18
	Capítulo 3.....	21
3.1	Lo visible del duelo.....	21
	Conclusiones.....	25
	Referencias Bibliográficas.....	26

RESUMEN

Esta monografía se enmarca en el Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología, Universidad de la República y refiere a la pérdida de un ser querido, y el dolor que dicho proceso de duelo suscita. Nos centraremos en el abordaje del proceso de duelo en particular desde Freud y Allouch.

Desarrollaremos conceptos como el dolor, la pérdida y la identificación en psicoanálisis y específicamente en los modelos del duelo, desarrollados por ambos autores. Su articulación con los conceptos de dolor, pérdida e identificación.

Se tratará la importancia de factores culturales en el duelo además de conceptos relacionados, tales como -lo público- y -lo privado- desde los aportes de María Elena Elmiger.

Palabras claves: proceso de duelo, dolor, identificación.

INTRODUCCIÓN

La muerte interpela la teoría psicoanalítica, en este trabajo le daremos relevancia al enfoque psicoanalítico sobre el duelo y su proceso, las teorías en juego y cómo estas hacen trabajar el tema. Surgen a lo largo de la elaboración teórica, conceptos como dolor, pérdida e identificación.

Como eje central del trabajo se trata de comprender cómo es todo el proceso psíquico que se desencadena frente a una pérdida significativa. Como interrogante disparadora se toma; ¿qué perdemos cuando perdemos a un ser amado?, ¿qué implica el estar de duelo? En el intento de acercarse a dar respuesta a dichas preguntas, es que se trabajarán diversos enfoques teóricos desde el Psicoanálisis.

La concepción de trabajo de duelo es fundamental para comprender la dinámica intrapsíquica en la pérdida de un ser amado.

Esta concepción aporta una nueva perspectiva desde el psicoanálisis freudiano para la comprensión del fenómeno psíquico del duelo. Son destacables las etapas que menciona Freud en este concepto, diferencian un duelo normal y duelo patológico.

La teoría de Allouch sobre el duelo, expone una mirada diferente a la freudiana, enfocada al vínculo con el muerto, lo que ocurre en dicho vínculo y su cambio en relación a éste.

En este trabajo se destacará el modelo de Allouch poniéndolo en relación a los conceptos de dolor, pérdida e identificación. El trabajo se cerrará mencionando la importancia de los factores culturales y sociales que aparecen en el duelo. Se trabajará desde los aportes de María Elena Elmiger y Philippe Ariés, ambos autores refieren a la necesidad de rituales en torno a la muerte, destacándose así, cada época en particular. Se articula con los conceptos de público, privado e íntimo, conceptos que permitirán la subjetivación de la muerte.

CAPÍTULO 1

Según García (2000), etimológicamente el duelo tiene dos raíces latinas, por un lado “dúo”, que hace referencia a dos que hacen algo al mismo tiempo. Se lo puede concebir a este dúo como un todo constituido por dos partes. De allí deriva “duellum”, como guerra o combate entre dos. La segunda acepción deviene de “dolus” (dolor), que hace referencia a los sentimientos que surgen ante la muerte del otro, dolor aflicción, pena, tristeza.

Según Tizón (1996) se trata de un “complejo diacrónico” en cuanto a las emociones y también a los cambios en la cognición, cambios en el comportamiento, en las relaciones y conductas vinculadas con la pérdida afectiva, la frustración y el dolor.

Paciuk (1998) postula que el duelo, va a desencadenar un proceso que no es de carácter homogéneo. No tendrá un curso único y predeterminado, y afirma que cada duelo incluye una cantidad de duelos previos, por lo tanto su forma final puede resultar tener una gran incoherencia. Para este autor en la pluralidad en cuanto a las modalidades de los duelos se apoyan las diferentes posibilidades del trabajo de duelo.

A través de estos autores es posible reflexionar que el duelo confronta al sujeto con el objeto perdido, dolor que involucra al otro y formas diversas de tramitación. El duelo como proceso dinámico desde sus distintas fases y manifestaciones. Pensamos que estas acepciones etimológicas refieren a la lucha entre dos, esa lucha dentro del yo entre una parte que impone el examen de la

realidad y la necesidad de separarse del objeto desaparecido, con la parte del deseo del yo de querer seguir unido al mismo, no aceptando su pérdida.

MODELO DE DUELO EN S. FREUD

Freud en "Duelo y Melancolía" (1917) concibe al duelo como un proceso que consiste en desprenderse de un objeto de amor. Para Freud el duelo es la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción como lo son la patria o la libertad.

De acuerdo con esta concepción, se entiende el duelo no solamente en relación a la muerte de un ser querido, sino a todo tipo de pérdidas que impliquen una vinculación afectiva. Igual interpretación hace Grinberg (1983), que entiende que se puede experimentar duelo por otras pérdidas que no sean la muerte, pero que igualmente afecten al sujeto.

Freud menciona las fases del trabajo de duelo:

Como primera fase, se encuentra la fase de negación, en la cual el sujeto se niega a sí mismo o a su entorno la pérdida. Continúa la fase de enfado o ira, que refiere al estado de descontento por la pérdida, en la que se intenta buscar una solución a pesar de saber lo imposible de esto.

Sigue la fase de dolor emocional, en donde se experimenta una gran tristeza por la pérdida y donde se pueden suceder episodios de depresión.

Por último la fase de aceptación, en donde se asume que la pérdida es inevitable y supone un cambio de visión de la situación sin el objeto, sin confundir aceptar con olvidar.

Finalmente afirma Freud (1917), que una vez que finaliza el trabajo del duelo, el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido. El yo libera su libido del objeto perdido, a partir de lo cual estaría en disposición de buscar un objeto capaz de sustituir al perdido.

Para Freud el duelo deja siempre en la subjetividad un hueco que toma diferentes destinos, así lo afirma en la carta a Binswanger. (Freud, 1929, p. 431)

Aunque sabemos que después de una pérdida así el estado agudo de pena va aminorándose gradualmente, también nos damos cuenta de que continuaremos inconsolables y que nunca encontraremos con qué

rellenar adecuadamente el hueco, pues aún en el caso de que llegara a cubrirse totalmente, se habría convertido en algo distinto. Así debe ser. Es el único modo de perpetuar los amores a los que no deseamos renunciar. (Freud,1929, p.431)

Es clara la propuesta de Freud (1917) de un duelo normal en donde el sujeto desinviste e inviste a un objeto sustituto, pero como se ejemplifica en el párrafo anterior, hay un reconocimiento de una matriz identificatoria nueva, una transitoriedad.

Freud entre 1920 y 1929 también afirmará que, toda muerte de un ser querido nos deja inconsolable, nunca se logrará encontrar con qué rellenar el hueco de dicha pérdida y en el caso de hacerlo será con algo distinto y este algo hará que los muertos queden en la matriz identificatoria.

En ese “algo distinto”, es donde nos detendremos para entender como, nuestros muertos se inscriben en nuestra matriz identificatoria, en los silencios del ello, en los imperativos del superyó, en las marcas del fantasma y en el desfasaje de nuestro goce. Nuestro muerto abonará nuestros síntomas y fantasmas.

Freud presenta su modelo de duelo así como también encontramos en Allouch una alternativa al mismo, este autor refiere a las identificaciones del orden de la incorporación.

MODELO DEL DUELO EN J. ALLOUCH

J. Allouch desarrolla su modelo en base crítica en relación a los alcances del modelo freudiano. Nos apoyamos en lo que plantea Singer, F (1999) en relación a la diferencia entre ambos modelos. La autora indica que: Allouch señala que para Freud el duelo será una operación que no dejará restos, mientras que para Lacan con quien concuerda, habrá una disparidad entre la situación anterior y la posterior al duelo.

“El duelo no es la separación en sí con el muerto sino el cambio en la relación a él. Se trata de una alteración en la relación de objeto, y la producción de una nueva figura de la relación de objeto”. (Singer, 1999, p. 131)

Figura que no está contemplada en el modelo freudiano, Allouch (1995) sostiene que, la persona que está de duelo seguirá al muerto a su tumba, ofreciéndole algo de sí y así se produce una nueva figura en la relación con el objeto desaparecido.

“Para Allouch el duelo es patología y no normalidad” (Singer,1999, p.131) entiendo que la muerte según Allouch confronta al sujeto con un agujero a nivel de la representación.

Sólo una pérdida a secas, sólo un acto semejante logra dejar al muerto en la muerte, en su muerte. Quien está de duelo efectúa su pérdida suplementándola con lo que llamaremos un “pequeño trozo de sí”; he aquí, hablando con propiedad, el objeto de ese sacrificio de duelo, ese pequeño trozo ni de ti ni de mí, de sí; y por lo tanto que tú y yo siguen siendo, en sí, no distinguidos (Allouch, 1996, pp. 9-10)

Para Allouch se está de duelo por alguien que al morir se lleva con él, un pequeño trozo de sí. Esto refiere a una identificación especial, del orden de una incorporación, implica que el sujeto está en la medida de saber a quien ha perdido, pero no aquello que ha perdido con él.

Singer (1999) nos dice que lo que se impone es la realidad otra, el muerto no es un ausente, como punto de partida es una alteridad. En este modelo allouchiano lo que se destaca es lo que queda y nos queda muerto, cambiando así, la relación identificatoria con el muerto. Además al afirmar que, el muerto se haya llevado con él este pequeño trozo de sí, el cual pertenece al muerto y al vivo, es lo que para el modelo Allouchiano hace que el objeto sea narcisista. Este objeto concentra la parte muerta del que queda en vida, este es uno de los sacrificios de los cuales habla Allouch, y una de las formas de acompañar al muerto, muriendo con él.

Lo que se destaca en este modelo es lo que sobrevive al muerto y queda en el vivo. Las nuevas identificaciones que surgen con el muerto, el carácter narcisista que posee el objeto, queda ejemplificado en el siguiente párrafo.

El “pequeño sacrificio de sí” que señala Allouch, es la traza de la muerte en el sujeto vivo. Ese pedazo ¿a quién pertenece? se pregunta Allouch. De hecho pertenece tanto al muerto como al vivo. Objeto investido que representa al muerto, pero también objeto narcisista que concentra la parte muerta del que queda en vida, que de esa manera acompaña al muerto muriendo con él. De la misma forma que había identificaciones a la persona en vida, hay nuevas identificaciones con el muerto en tanto muerto. (Singer, 1999, p.136)

Este trabajo interior que requiere el proceso de duelo, interpela al sujeto. En ese proceso le corresponde una disminución de interés por el mundo, como si toda la energía psíquica fuera concentrada por la pérdida y por el dolor que la acompaña. En el duelo por la muerte del otro, el problema para el sujeto radica en que él sobrevive a la muerte del otro.

Como bien expresa Freud en la primera fase del duelo, no es aceptada esa muerte. Freud refiere (1917) a que internamente el objeto sigue vivo y presente para el sujeto. El problema para este es que el objeto sobrevive su muerte, contra lo que dice la realidad. La sobrevivencia tendrá lugar en el mundo interno como en el externo.

CAPÍTULO 2

DUELO Y DOLOR DE AMAR

El duelo también, para el autor García (2000) es un “complejo estado afectivo”, estado en el que surgen muchos sentimientos como dolor, angustia, tristeza, etc. A lo que Grinberg (1983) agrega que, a esta complejidad del duelo se le suma que los desencadenantes pueden ser múltiples y van a depender de diversas circunstancias, pero enfatiza que aunque sean diversos, todos los duelos tendrán en común la valoración afectiva que consciente o inconscientemente se le atribuye a dicha pérdida. Hay que considerar las pérdidas que generalmente suelen desencadenar, en la mayoría de las personas duelos de gran complejidad y de extremado dolor, como lo son por ejemplo la muerte de un hijo. Desde el punto de vista psicoanalítico, la magnitud de la pérdida depende de su inscripción en el fantasma. Nos referimos a duelos complejos, no desde la realidad sino desde la afectación psíquica de éstos.

La persona desaparecida, según Juan David Nasio (2007), es un ser tan esencial para el yo como lo puede ser la falta de un miembro, un brazo o una pierna. En su libro “El dolor de amar” Nasio ejemplifica esta pérdida utilizando una analogía entre amputación de un miembro y la pérdida de un ser amado.

Nasio no focaliza la analogía en la lesión corporal en sí, en la carne, sino en el vínculo entre aquel que ama y su objeto de amor. De aquí el concepto de miembro fantasma, una alucinación del doliente. “De modo semejante, quien sufre el duelo puede percibir con todos sus sentidos y con absoluta convicción la presencia viva del difunto” (Nasio, 2007, pp. 40-42)

La sobreinvestidura afectiva de la imagen genera dolor, pero superar en grado esta sobreinvestidura es lo que generará esta alucinación, algo superior al dolor. Algo casi intolerable que hace que se perciba el objeto perdido, su imagen fuera del yo, y allí en lo real la representación aparecerá como un fantasma. Esto desde una perspectiva lacaniana, se puede decir que la representación es forcluída, esto indica su eyección del yo y su alucinación. Podemos ver como la ausencia de la persona amada hasta un punto es sinónimo de un miembro que es amputado, tomada entonces como miembro esencial del yo y con el cual se puede llegar a alucinar.

Allouch (1996) indicará que puede haber semejanza entre la imagen percibida a la imagen interiorizada del desaparecido, esta semejanza apunta a uno o algunos rasgos del sujeto. Esta experiencia se sucede en cierto lapso de tiempo, mantiene las características de una alucinación. Se puede decir que es por esto que el muerto tiene el estatuto de desaparecido, pudiendo reaparecer en cualquier parte.

Es en esta línea de trabajo que nos preguntamos, ¿cómo se decide quién es el irremplazable y sin el cual nuestra psique corre el riesgo de trastornarse?, ¿quién sería yo con la falta de “ese”? Ese amado por el cual se hace el duelo, es aquel que me hace feliz, pero también me hace infeliz. Para entender a lo que nos referimos es que hablamos de cómo funciona el sistema psíquico y según Nasio (2007) este sistema se rige por el principio de placer/displacer, en el cual la psique está sometida a una tensión de la que intenta librarse y lo cual nunca consigue. Nasio (2007) propone intercambiar los términos “tensión” y “displacer” por el término “deseo”.

La situación habitual del sistema inconsciente es el estado tolerable de insatisfacción de un deseo, el cual nunca se realiza. El que nunca se satisfaga no es una visión pesimista, todo lo contrario, indica que felizmente en toda nuestra vida estaremos en estado de falta. Esa carencia, ese deseo es síntoma de vida. La insatisfacción no es lo no cumplido en la trayectoria del deseo, más aún propone Nasio en cuanto a la insatisfacción; “...propongo imaginarla como un orificio, un agujero situado en el corazón mismo de nuestro ser, alrededor del cual gravitarían nuestros deseos. El hueco no está frente a nosotros, sino en nuestro interior.” (p.45, 2007)

Esta falta es lo que aspira al deseo y a su vez lo organiza, sin ella el deseo se desbarataría y sólo persistiría el dolor. El deseo permanece activo, el sistema psíquico estable y la insatisfacción soportable.

Se entiende lo trabajado por Nasio en cuanto al deseo, y al otro como objeto insatisfactorio de mi deseo, por lo tanto lo organizador del mismo. Este elegido pasa a ser lo irremplazable, indispensable ya que nos asegura nuestra necesaria insatisfacción.

Si este desaparece es cuando se incurre en el duelo, esta ilusión es lo que nos mantiene psíquicamente estables, su insatisfacción. Se considera entonces que surge una interrogante; ¿en qué consiste lo que perdemos, al perder al ser amado? Se logra deducir por todo lo anteriormente trabajado que, este elegido exterior es transformado en un doble interior. Es entonces que introducimos el concepto de fantasma trabajado por Nasio, para poder desarrollar la idea anteriormente planteada. El concepto de fantasma psicoanalítico es elaborado para comprender mejor el dolor, es muy preciso el concepto y es el nombre que se la otorga a la soldadura inconsciente del sujeto con la persona viva del elegido.

Ahora bien, se vuelve necesaria la reintroducción del concepto de identificación que mencionamos anteriormente. En cuanto a la misma y desde Freud, abordado por Nasio (1996), se considera que la identificación total del yo con el objeto en Freud, nos dice Nasio, se denomina identificación primaria y es de carácter mítico, no remite a ningún hecho clínico en particular.

La identificación, lejos de unir a dos individuos distintos transformándose el uno en el otro, se produce por el contrario en el espacio psíquico de un solo y mismo individuo. Con Freud abandonamos el espacio usual de la distancia entre dos personas, nos introducimos en la cabeza de una de ellas, aislamos la identificación como un proceso específico del dominio del inconsciente, y finalmente descubrimos, en el interior mismo de este dominio, que la así llamada identificación sólo tiene lugar entre dos instancias inconscientes” (Nasio, 1996, p.136)

También se puede contemplar la identificación parcial del yo, no un rasgo del objeto, sino su imagen. Dos tipos de imágenes; o bien me identifico con el aspecto-imagen global del objeto amado, deseado o perdido. O me identifico con el aspecto-imagen local del mismo objeto.

La imagen del objeto amado que el yo triste hace ahora suya es en realidad su propia imagen, la cual había investido como si fuera la propia imagen del otro.

La identificación sólo tiene lugar entre dos instancias inconscientes, desde el psicoanálisis freudiano, en el cual el texto fundamental es “Introducción al narcisismo” en 1914, se sucede en el aparato psíquico mismo. La encrucijada freudiana es dar nombre al proceso inconsciente realizado por el yo cuando se transforma en un aspecto del objeto. El yo como el objeto son abordadas como estatutos de instancias inconscientes, el objeto como representación psíquica inconsciente de este otro. A esta relación intrincada, entre ambos estatutos, Freud la nombra identificación.

La identificación no une a dos individuos distintos y se transforman el uno en el otro, sino que se produce en el espacio psíquico de uno solo. Con Freud aislamos la identificación como un proceso específico del dominio del inconsciente y la llamada identificación sólo tiene lugar entre dos instancias inconscientes.

El concepto de identificación es importante en cuanto al duelo ya que desde Freud, en la identificación regresiva, el yo se separa del objeto, se identifica con lo simbólico del objeto que ya no está.

Hay otra forma de comprender la relación identificatoria, desde la perspectiva lacaniana, abordada desde el autor Nasio en “Enseñanza de 7 conceptos cruciales de Psicoanálisis”, en la cual se toman dos compuestos A y B, ligados entre sí por una relación de identificación. La persona A se transformará por identificación progresiva en persona B. Se puede concluir que A adopta los rasgos de B, se identifica con B.

Es ésta la encrucijada freudiana del concepto de identificación: dar un nombre al proceso inconsciente realizado por el yo cuando éste se transforma en un aspecto del objeto. Insisto, tanto el yo como el objeto son considerados aquí tan sólo en su estricto estatuto de instancia inconscientes. (Nasio, 1996, p. 138)

En cuanto al enfoque teórico de Lacan, la encrucijada pasa por dar nombre como identificación a una relación en la cual uno de los términos crea al otro. La identificación sirve para dar nombre a algo nuevo, al nacimiento de una nueva instancia psíquica, la producción de un nuevo sujeto. Cambia el esquema, pasa a ser un esquema de causación de uno de estos términos producidos por el otro.

Para Nasio, interpretando a Lacan, nos dice que la identificación no sólo es inconsciente sino que además, el sentido del proceso se invierte, aquí es B quien

produce el A. El agente de la identificación no es ahora el yo sino el objeto. Lacan logra resolver el problema y es el de dar nombre al proceso psíquico del constitución del yo, nombrar el proceso de causación del sujeto del inconsciente. Lacan diferencia ciertas categorías dentro de lo que son las identificaciones, podemos marcar el nacimiento de un nuevo lugar, de una nueva instancia psíquica. Según la naturaleza de este lugar se distingue una categoría de identificación la cual está en el origen del sujeto del inconsciente a la cual se denomina identificación simbólica.

Como segunda categoría de identificación podemos ver, según Lacan, la identificación imaginaria se encuentra en el origen del yo. Como nueva instancia más que como categoría y sí como institución de un complejo psíquico, encontramos la modalidad fantasmática.

FANTASMA DEL OTRO

Ya Freud en su obra “Duelo y Melancolía” (1917) para hablar de amor habla de muerte; “El doliente sabe a quién ha perdido, pero no sabe qué perdió al perder a su amado”, es claro que el amado es un ser viviente pero también y en gran parte es una parte ignorada de nosotros mismos. Dice Nasio en el “El dolor de amar”: “La fantasía o fantasma fundamental es la presencia real, simbólica e imaginaria del amado en el inconsciente. Su función es regular la intensidad de la fuerza del deseo” (p. 51, 2007)

Retomando así el concepto de fantasma según Nasio, fantasma como nombre a la soldadura en nuestro inconsciente con la persona viva, imágenes y significados avivados por la fuerza real del deseo, que el amado despierta en nosotros y nosotros en él.

Nasio (2007) afirma que la existencia fantaseada del otro es más relevante que su existencia en el exterior, cierto que la primera se nutre de la segunda. El fantasma inconsciente solo se desarrolla si el otro está vivo, cuerpo de carne y hueso indispensable. Se ejemplifica a continuación.

En consecuencia, debemos tener en cuenta que cuando amamos, amamos siempre a un ser híbrido, constituido al mismo tiempo por la persona exterior con la que tratamos afuera y por su presencia fantaseada e inconsciente en nuestro interior. Y recíprocamente, para esa persona somos el mismo ser mixto hecho de carne y de inconsciente. Por eso hablo de fantasma, para dar mayor claridad a la idea de que sólo sufriré dolor a cusa de la desaparición de aquel que fue para mí lo que yo para él: el elegido fantaseado. (Nasio, 2007, p.55)

A lo que Nasio refiere en el párrafo anterior es la distinción entre los tres modos de presencia fantaseada del elegido, debemos definir ese “qué” desconocido que perdemos al perder a la persona real. Estos tres modos corresponden a las tres dimensiones lacanianas de *lo real*, *lo simbólico* y *lo imaginario*.

En cuanto a la dimensión real; presencia real del otro en el inconsciente, el calificativo “real” puede confundirse con la realidad de la persona del elegido. Este adjetivo “real” se aplica a lo que la persona despierta en el inconsciente.

Lo real es particularmente la vida en el otro. A lo que Nasio afirma: “La presencia real del elegido es una fuerza, y su presencia simbólica el ritmo de esta fuerza” (p. 56, 2007)

Esto refiere a que lo real es irrepresentable, es la energía que asegura la consistencia psíquica.

Ahora bien, en cuanto a la dimensión simbólica y siguiendo al autor, es destacable nombrarla ya que refiere al ser amado en nuestro inconsciente; esta dimensión es un ritmo de esa fuerza.

Este ritmo nos dice Nasio (2007), es la figura simbólica de un impulso que avanza entre distintos tiempos, es la expresión simbólica primitiva del deseo y de la vida. La vida desde esta perspectiva se puede tomar como esa energía palpitante. Las variaciones rítmicas son simbólicas ya que pueden ser representables. Entiendo que si la persona del amado ya no está, faltará entonces la excitación que acompasa el ritmo de nuestro deseo.

Siguiendo la formulación planteada por el autor, esta nos dice que la presencia *simbólica* del otro en nuestro inconsciente es un *ritmo*, armonía entre su rol de objeto y nuestra insatisfacción. Este ritmo como presencia simbólica más

específicamente, es la medida por la cual se ajusta el ritmo de nuestro deseo. Esta imagen del otro tiene como particularidad de ser en sí misma, una superficie en la que vemos representado nuestras propias imágenes. Nos vemos y nos sentimos según estas imágenes que el otro nos devuelve, más allá de que este otro este delante de nosotros o sea aquel que tenemos en nosotros y que llamamos “otro imaginario”.

Es por esto que decimos cuando este otro no está, desaparece, cuando su irradiación de su ser vivo no está, nuestro deseo se ve privado de excitaciones que éste despertaba. Se nos pierde sobre todo la estructura del deseo, su acompasamiento y su ritmo. El otro es el que nos fija el tempo de nuestra cadencia deseante. Nasio nos dice: “La presencia imaginaria del elegido en mi inconsciente es un espejo interior que me devuelve mis propia imágenes” (p. 60, 2007).

Presencia imaginaria; dicha presencia del otro en nuestro inconsciente como espejo interior, en cuanto a cuerpo vivo el cual no sólo fue fuente de excitación de nuestro deseo, sino también, será la silueta proyectada en nuestra psique con forma de imagen interna. Por lo tanto este cuerpo del otro es una imagen duplicada e interiorizada, es su presencia imaginaria en nuestro inconsciente.

Nasio afirma que es indispensable que el amado esté vivo para que en nuestro inconsciente y su doble pueda actuar como nuestro espejo interior. Podemos hipotetizar que las imágenes que se nos devuelven suscitan en nosotros sentimientos nacidos por el cuerpo vivo del otro.

Ahora bien, estas imágenes que nos son devueltas, al ser percibidas, de forma inmediata hacen surgir en nosotros un sentimiento. A veces son imágenes que refuerzan nuestro amor narcisista, otras son imágenes decepcionantes y con más frecuencia se suceden imágenes de sumisión al amado que nos pueden provocar angustia. Se ejemplifica a continuación.█

No es solamente una persona viva y exterior, sino también una fantasía construida con su imagen, espejo de nuestras imágenes (imaginaria), penetrada por la fuerza del deseo (real), enmarcada por el ritmo de esa fuerza (simbólica) y apuntalada por su cuerpo vivo (también real), fuente

de excitación de nuestro deseo y objeto de nuestras proyecciones imaginarias. (Nasio, 2007, p. 63)

Por lo tanto podemos concluir que al perder al ser amado se sucede una ruptura que se produce no en el exterior, sino dentro de nosotros. La pregunta nuclear de este trabajo de qué perdemos cuando perdemos a la persona del ser que amamos, se podría responder que al perder al cuerpo vivo del otro perdemos la fuerza del deseo que nos unía a él, se pierde también la silueta la cual constituía un soporte de sostén en cuanto al espejo interior que reflejaba nuestras imágenes.

Perdemos también ritmo con el cual vibraba nuestra fuerza real del deseo lo que equivale a perder al *otro simbólico*, límite que hace que el inconsciente se torne consistente. En conclusión y siguiendo a Nasio afirmamos que, al perder al otro perdemos la cohesión y la textura de un fantasma indispensable para nuestra estructura.

Nuestra pareja, el ser de nuestro amor, nos insatisface porque, al mismo tiempo que excita nuestro deseo no puede- y, en última instancia, ¿tendría los medios para hacerlo?- y no quiere satisfacerlos plenamente. Siendo humano, ese ser no puede hacerlo y siendo neurótico no quiere hacerlo. Esto implica que dicho ser es, a la vez, el excitante de mi deseo y el objeto que sólo lo satisface parcialmente. Sabe excitarme, procurarme un goce parcial y, por eso mismo, dejarme insatisfecho. Y de ese modo garantiza esa insatisfacción que necesito para vivir y que vuelve a centrar mi deseo. (Nasio, 2007, p. 47)

Es aquí entonces donde la posibilidad de la pérdida de ese ser amado es lo que nos trastorna, o la pérdida ya efectuada. Su ausencia es lo que nos marca la intensidad de su arraigo, su falta determina el grado de anclaje del sentimiento. Una vez perdida la persona, es que se determina el arraigo de la misma, del sentimiento, determinando así el dolor. Sobreviene el dolor de forma inevitable, un dolor graduado en base a la pérdida y lo arrancado por la misma.

LO INEVITABLE DEL DOLOR

A continuación pasaré a desarrollar el concepto de dolor basado en las ideas de Nasio y su obra “El dolor de amar” y adherimos a la línea de trabajo en

cuanto a duelo más en resonancia con estos autores, J. Nasio y J. Allouch. Ya que este enfoque teórico de dichos autores remarca la relación del vivo con el muerto, el cambio vincular y su afectación. Por lo tanto es imprescindible la introducción del concepto de dolor en un proceso de duelo. Este concepto lo abordamos desde el aporte de Nasio.

En sí, el dolor no tiene ningún valor ni significación. Está allí, hecho de carne o de piedra y, sin embargo, para aliviarlo debemos tomarlo como expresión de otra cosa, desprenderlo de lo real y transformarlo en símbolo, atribuir un valor simbólico a un dolor que, en sí mismo, es pura realidad, emoción brutal, hostil y extraña; es, finalmente, el único gesto terapéutico que lo hace soportable. (Nasio, 2007,p. 21)

Nasio señala que es en la significación del dolor en que está esa expresión de algo, lo que queda, lo desgarrador. Una emoción y un sentir, esa ruptura súbita e imprevisible. ¿Que sería ese estado subjetivo en el cual uno está deshabitado o manifiesta estarlo? Podemos hipotetizar que uno se enfrenta a estar habitado desde otra forma, el dolor sobreviene de forma abrupta, nos habita y enfrenta a una realidad otra.

El hacerse soportable o por lo menos intentarlo refiere al intento de brindar una interpretación de su causa, de la causa de ese dolor, no en al el intento del consuelo ni mucho menos sino de vibrar con él, dar sentido a su dolor. Una separación súbita con el objeto es una prueba decisiva, se pasa por un umbral que nos obliga a una reconstrucción.

El dolor siempre está marcado por el sello de lo inmediato y de lo imprevisto. Este tipo de dolor tiene como definición en el libro de Nasio "El dolor de amar" como: "...el afecto que resulta de la ruptura brutal del vínculo que nos une a un ser amado" (p. 30, 2007)

Continuando en esta línea de trabajo, podemos encontrar una segunda definición del mismo autor, de un punto de vista metapsicológico, en relación a los conceptos de dolor psíquico y angustia y su diferenciación.

El dolor es el afecto que expresa, en la conciencia, la percepción que tiene el yo-percepción hacia adentro- del estado de conmoción pulsional (trauma) provocado por la efracción no ya del envoltorio corporal del yo-como sucede en el dolor físico-sino provocado por la ruptura súbita

del vínculo que nos une a nuestro elegido. El dolor de amar es, pues, un dolor traumático. (Nasio, 2007, p. 32)

Retomando a Freud y a su obra "Inhibición, síntoma y angustia" (1992) él hará una diferencia esencial entre dolor psíquico y angustia, el dolor psíquico es la reacción a la pérdida concreta del ser amado y la angustia es la reacción ante la amenaza de una pérdida. El yo se encuentra ocupado tratando de mantener viva la representación psíquica del ser perdido, aquí la sobreinvertidura recae sobre la representación del ser amado desaparecido.

Nasio (2007) define el dolor psíquico como un sentimiento muy oscuro casi indefinible, el cual se sustrae a la razón, a su vez no diferencia si el dolor es físico o psíquico al momento de delimitarlo como un estado límite. Ya sea un límite entre el cuerpo y la psique, entre el yo y el otro. A lo que refiere el autor es que el origen del dolor puede emanar de lo físico o de lo psíquico, no siendo muy grande la diferencia entre estos.

Para ser más precisos no habría diferencia entre la emoción que provoca tanto uno como el otro tipo de dolor. Se entiende que sí cabe la distinción entre las palabras "sufrimiento" y "dolor", el sufrimiento refiere a una emoción mucho más global difícil de delimitar y el dolor se remite a la causa que lo provoca, siendo tanto dolor psíquico como dolor corporal.

Podemos observar que el concepto de dolor, según Nasio (2007), ante todo es un afecto y en todo el sentido de la palabra, afecto que marca que mientras haya dolor hay sentimiento. El dolor como afecto que refleja las variaciones de la tensión inconsciente en la conciencia, las cuales escapan al principio de placer.

Continuando con lo planteado por Nasio (2007), el yo logra percibir en el fondo de sí (en el seno del ello) las variaciones de las pulsiones internas y él hará que repercutan en la conciencia, en su superficie. Aquí es donde adquieren la categoría de afectos. Se traduce en el idioma del sentimiento gracias al yo, en el plano consciente son sentimientos de placer y de displacer ahora cuando son perturbadas pasan a ser dolor.

El dolor como categoría de *síntoma*, como lo expresado en el exterior que se sucede de una pulsión inconsciente y reprimida, es otra de las categorías tomadas por Nasio.

Si sobreviene la ruptura brutal con el ser amado, las tensiones se desencadenan y el principio regulador de placer se vuelve inoperante. Mientras el yo, vuelto hacia el interior, percibía las fluctuaciones regulares de los accesos pulsionales, podía

experimentar sensaciones de placer y de displacer; ahora que percibe en su interior la conmoción de tensiones que no puede dominar, siente dolor. (Nasio, 2007, p.27)

Ahora bien, esto nos ejemplifica que no debemos confundir dolor con displacer, más allá de que pertenezcan a la misma categoría, no son lo mismo.

Nasio (2007) afirma que el displacer manifiesta la autopercepción que tiene el yo de una tensión, alta pero modulable. El dolor expresará la autopercepción de una tensión trastornada. El dolor da testimonio de un trastorno profundo de la vida psíquica, el cual escapa al principio de placer.

...poder aceptar la muerte de otro es aceptar un nunca más de mirada, de voz, de dulzura-soportes del intercambio con el otro- una ausencia de futuro en proyecto imaginario en común. Es el punto final a la ruptura de uno de los instrumentos en nuestra sintonía fantasmática. (Ginette Rimbault En: Defey D, Rossello, J, et al, 1992, p. 68)

CAPITULO 3

LO VISIBLE DEL DUELO

Los seres humanos necesitan de rituales ante el suceso de la muerte, cada época tiene los suyos. Se reconoce como proceso humano esencial, el cual requiere ser manejado a nivel social. Lo real de la muerte debe ser atrapado en el mundo de los símbolos con algo más que la muerte en sí. Se lo rodea al muerto, a la muerte y al deudo con saberes transmitidos tantos religiosos, culturales, jurídicos como de costumbres. La muerte se instituye y se nombra como tal, por lo tanto el lazo con el muerto no se abandona tan fácilmente. Todos esos rituales hablan del deudo, hablan de mi muerto. A lo largo de la historia humana los rituales han variado, en muchas culturas también son manifestados como rituales de alegría, varían según la cultura. Estos rituales se entiende que se realizan para ayudar o establecer formas de alivio al sufrimiento frente a la pérdida.

La muerte siempre ha sido objeto de profundas y cuestionadas discusiones filosóficas. Desde la disposición resignada y natural hasta la desesperación individualista de el día de hoy de Occidente. La mirada de la humanidad frente a la

muerte ha cambiado y se han transformado desde las creencias y construcciones sociales. Esto se visualiza en el autor Philippe Ariès y su obra "El hombre ante la muerte":

El duelo tiene por objetivo-sobreentendido en la Antigüedad pagana- descargar el sufrimiento de los supervivientes. ¿Cómo podría seguir uno viviendo, privado de un ser tan amado, tan precioso? A fuerza de preguntárselo, ¡es como se acostumbraron! De este modo, en esas altas épocas, la ceremonia propiamente religiosa se reducía a la absolución, una vez sobre el cuerpo viviente, otra sobre el cuerpo muerto, en el lugar de la muerte, y una vez más sobre la tumba. Nada de misas, o, si se celebraban, pasaban desapercibidas. Las restantes manifestaciones, el duelo y séquito, eran solamente laicos, sin participación de eclesiásticos (salvo si el difunto era clérigo), reservado a los parientes y a los padres del desaparecido, que así aprovechaban la ocasión para sentir su pérdida, alabarle y rendirle grandes honores. (Ariès, pp.127-128)

Desde lo teórico en el proceso de duelo, es importante destacar conceptos como -lo público- y -lo privado-. En base a lo trabajado y analizado llegamos a estos conceptos y su articulación a través de la autora María Elena Elmiger.

Esta autora toma en sus redes, lo que se le escapa a esa lógica freudiana; articula los discursos sociales, políticos, religiosos que refieren en cada tiempo a la muerte de las persona queridas -lo público- los modos y las costumbres, estilos de duelo en la vida privada de cada época -lo privado- y la inscripción inconsciente de los mismos -lo íntimo-. (Elmiger, 2010)

Estas redes se tejen por el concepto de subjetivación en el cual se incluye -lo público- y -lo privado-, costumbres sociales, ritos religiosos, modismos, etc.

A modo de ejemplo, María Elena Elmiger nos trae el caso de las personas desaparecidas en dictaduras políticas, ya que no pareciera haber trabajo de duelo, sin tumbas, sin muertos, sin cuerpos. Hay una articulación entre lo público, lo privado y lo íntimo que fue permitiendo alguna subjetivación. La angustia deberá ser transmutada en dolor y en duelo, lo que hará posible algún camino hacia la subjetivación en los mismos. Convirtiendo la angustia en dolor, permitirá que la persona pueda encontrar alguna significación sobre su lugar en relación al objeto

perdido. Lo cual podrá dar lugar al síntoma, a las identificaciones o al acto sostenido desde el fantasma.

Según esta autora, Lacan toma la idea de qué pierde la persona con el muerto, él se interesa por la subjetividad de la persona que está de duelo, un sujeto en duelo sufre un colapso traumático y queda expuesto a lo real. Dirá Lacan que su trauma significativo se rompe y no hay inmediatas respuestas desde lo imaginario-simbólico, por lo tanto muchas veces el sujeto queda vacío, sin palabras.

Concluirá la autora interpretando a Lacan, que para subjetivar un duelo es necesaria la articulación de lo público de lo privado y de lo íntimo. De las lenguas, de sus prácticas y de sus marcas. Como se viven los duelos, como son simbolizados en cuanto a lo cultural, esa expresión social que de alguna manera es o se intenta reconocer al muerto como muerto. María Elena Elmiger ejemplifica:

Por lo tanto, para significar o subjetivar un duelo es preciso que el mismo pueda ser traducido en el orden del lenguaje, en el orden de las costumbres, de las religiones, de los rituales. Sólo así entra en el mundo de símbolos que es lo humano, lo subjetivo. Sólo así se sostiene el lazo social con los semejantes. (Más tarde, seguramente, el deudo – para siempre transformado por esa muerte – podrá evocar, añorar, hacer chistes), relatar un sueño, volver a tener amigos o a enamorarse) lo que puede compartirse con otros y aún, transmitirse de generación en generación como relatos, mitos, rasgos identificatorios etc. Los muertos de cada deudo no dejan de habitar el mundo – simbólico – de los vivos. Pero, como veremos – en la desubjetivación – tampoco dejan de habitar el mundo de otros modos: lo que planteamos como padecimientos, pathos, angustias, suicidios u homicidios, adicciones, violencias... son maneras de conservar al muerto y a la muerte, pero silenciosa y coactivamente. (Elmiger, 2010, p.31)

Los muertos de cada deudo no dejan de habitar el mundo –simbólico- de los vivos. Lo público en los rituales que circunscribe y sancionan la muerte, lo

privado que posibilita los discursos (hablar sobre los/las muertos/tes) y lo íntimo en la posibilidad de subjetivar lo perdido del lazo con el muerto. Los rituales permitirán un rearmado simbólico en donde el sujeto puede continuar algún tipo de lazo singular con el muerto.

CONCLUSIONES

A modo de conclusión es que podemos decir que la teoría psicoanalítica acerca del duelo, parece seguir dos modelos. Uno que considera al duelo como un trabajo normal, aceptando la pérdida del objeto y la posibilidad de reemplazarlo.

El otro modelo toma al duelo como proceso que siempre integra algo de lo patológico y abre el camino a la comprensión de la transformación del sujeto y de la recreación del objeto perdido. Siendo este uno de los grandes aportes a la teoría psicoanalítica.

Los rituales sociales siempre están presentes en torno al duelo, ceremonias típicas las cuales constan de conductas típicas y a las que los sujetos nos plegamos. Paciuk (1998) afirma que este repertorio de ritos sociales ayudaran al que está de duelo a ordenar sus sentimientos y conductas.

Reflexionamos que no habría "un" duelo, sino que cada deudo hace "su" duelo y duela según vivió la relación con el objeto perdido, tomamos las palabras de Nasio que nos dice que: "cuanto más amamos, más sufrimos".

Tanto Freud como Lacan sostienen que habría duelos "normales" y duelos "patológicos". Aunque ni uno ni otro plantea una correlación entre duelo "normal" y subjetivación o duelo "patológico" y desubjetivación. Es entonces que con la intención de buscar respuestas, se han generado nuevas interrogantes, se puede pensar en la división de duelo normal y duelo patológico, por ejemplo.

Pudiendo pensar entonces en un duelo subjetivado el cual deja como saldo mayor pacificación de la subjetividad, y duelos desubjetivados los cuales dejan como saldo mayor sufrimiento. En definitiva se piensa y se concluye que toda persona que está o pasó por un duelo, tiene un resto del mismo, se trastorna el ser y decimos que ya no es el mismo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abraham, N., Torok, M. (2005) *La corteza y el núcleo*. Madrid: Amorrortu
- Allouch, J. (2006) *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: Literales.
- Ambertin Gerez, M. (2005) El incurable luto en psicoanálisis. *Psicología em Revista*, 11 (18), 179-187.
- Ariès, P. (1983) *El hombre ante la muerte*. Madrid: Madrid
- Defey D, Rossello (1992). *Duelo por un niño que muere antes de nacer*. Montevideo: Roca viva.
- Echeburua, E. (2007) ¿Cuándo el duelo es patológico y como hay que afrontarlo? *Análisis y Modificación de Conducta*, 33 (147) 31-49
- Elmiger, M. (2010). La subjetivación del duelo en Freud y Lacan. *Revista Malestar y Subjetividad*, 10(1), 12-33.
- Freud, S. (1915). De guerra y Muerte. En *Obras Completas* Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916). La transitoriedad. En *Obras Completas* Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917). Duelo y melancolía. En *Obras Completas* Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu.
- García, J. (2000). Nociones de duelo y conceptos psicoanalíticos afines. *Coordinadora de psicólogos del Uruguay. Depresión*. (pp. 89- 96). Montevideo: CPU

- García, J. (2009). La muerte y el objeto. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. Asociación Uruguaya de Psicoanálisis, 108, (pp.90-107) Recuperado de: <http://www.apuruguay.org/apurevista/2000/16887247200910805.pdf/15> de julio de 2013.
- García, S. (2000). *Fallas primarias que dificultan la elaboración de los duelos*. En *Los Duelos y sus Destinos, Depresiones hoy*, (Vol.1, pp. 149 – 161). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Grinberg, L. (1983). *Culpa y Depresión. Estudio Psicoanalítico*. Madrid: Alianza
- Goijman, L. (2000). *El duelo congelado*. En *Los Duelos y sus Destinos, Depresiones hoy*, (Vol. 1, pp. 177 – 184). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Kancyper, L. (2000). Los afectos y los duelos. En *Los Duelos y sus Destinos, Depresiones hoy*, (Vol. 2, pp. 239 – 248). Montevideo: Comisión de publicaciones de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Kristeva, J (1997). *Sol negro. Depresión y melancolía*. Caracas: Monte Ávila
- Laplanche, J. y Pontalis, J. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. A. (2003). *La experiencia de lo real en la cura analítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J. (2007). *El dolor de amar*. Barcelona: Gedisa
- Nasio, J. (1996). *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del Psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa
- Paciuk, S. (1998). Duelo depresivo – Duelo reparatorio. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. Montevideo, 88, 90 – 111.

- Paciuk, S. (2000a). Destinos del Duelo. Sustitución: Recreación entre deudo y deudor. En *Los Duelos y sus Destinos, Depresiones Hoy*, (Vol. 2, pp.246-249).Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Paciuk, S. (2000b). El duelo y la edificación de la subjetividad: Duelo, reparación, identificación. En *Los Duelos y sus Destinos, Depresiones hoy*, (Vol 2, pp. 92 – 98). Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay
- Singer, F. (1999). El Duelo: ¿Qué modelización? *Revista latinoamericana de psicopatología fundamental*, 2(1), 129-140.
- Singer, F. (2005). La bonderización del sujeto. *Revista latinoamericana de psicopatología fundamental*, 3(4), 694-705
- Tizón, J.L. (2004). *Perdida, Pena, Duelo. Vivencias, investigación y Asistencia*. Madrid: Paidós.
- Verissimo de Posadas, L. (1998). Del dolor de la pedida a eclipse del deseo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 88, 77 – 89.
- Yoffe, L. (2008). El duelo por la muerte de un ser querido: Creencias culturales y espirituales. En *Psicodebate 3, Psicología, Cultura y Sociedad*. (pp. 127-158) Buenos Aires: Universidad de Palermo. Recuperado de: <http://www.palermo.edu/cienciassociales/publicaciones/pdf/Psico3/3Psico%2009.pdf>